

Viernes XI del TO Ciclo B



21 de junio de 2024

2Re 11, 1-4.9-18.20

Sal 131

Mt 6, 19-23

P. Eduardo Suanzes, msps

El Evangelio nos apremia a ponernos en una actitud de discernimiento, para clarificar de dónde está colgado nuestro deseo, nuestra búsqueda, nuestros intereses en la vida; en una palabra, para determinar de dónde está colgado nuestro corazón.

¡Qué peligrosa es la riqueza, el tener, el poseer...! porque fácil y sutilmente nuestro corazón se cuelga de esos intereses de tal forma que se convierten en el centro de gravedad de nuestra vida. El peligro de estar colgados de lo que no es Dios es que en la mayoría de las ocasiones en que debemos tomar decisiones vitales fracasaremos estrepitosamente.

Por eso es importante que pongamos en claro en dónde tenemos nuestro fundamento. Podemos dedicar un tiempo a preguntarnos dónde está nuestro tesoro y, por lo tanto, nuestro corazón; cómo estamos invirtiendo los talentos que se nos han entregado: nuestras cualidades, saberes, tiempo, energías, ternura... Porque estamos a tiempo de aprovechar todo eso al servicio de los que más lo necesitan, en vez de despilfarrado o enterrarlo bajo tierra.

Para Jesús hay tesoros que se pudren y tesoros perennes: los primeros son los que dan seguridad y sustentan el yo egoico del hombre; aquellos que nuestra naturaleza herida «necesita» para satisfacerse, para encontrarse segura y a salvo de los peligros que amenazan su seguridad. El poseer, el poder, el placer, son los tres pilares básicos donde estos tesoros se apoyan. No importan los medios que se deban utilizar para adquirirlos, lo importante es descansar en ellos. Nuestro yo egoico se ve así reforzado y a salvo, por encima de los demás, pero con el deseo insaciable de seguir acumulando, porque el veneno de estos tesoros es el de amplificar nuestro deseo de ellos, visto que no son capaces de llenar nuestro auténtico deseo de plenitud. La frustración está servida, entrando nuestro corazón en un bucle de querer llenar y verse vacío. La *polilla*, la *carcoma*, los *ladrones* son la metáfora de los agentes que destruyen el tesoro, es decir, nuestra plenitud, que en este movimiento psicológico se identifican con la satisfacción temporal egoica curvada sobre el yo interior. Estos «agentes de corrupción» están siempre presentes mientras nuestro deseo esté curvado sobre el yo interior. Simple y sencillamente esa es nuestra naturaleza herida, no hay que darle más vueltas. Y de esto nuestra propia experiencia, la de cada uno de nosotros, es testigo.

Y es que nuestro deseo de plenitud va por otro camino, el de los otros tipos de tesoros de que habla Jesús; esos que son perennes, que no están sometidos a la frustración y que no entran en dinámicas de muerte y por lo tanto de la corrupción interior. Estos «tesoros en el cielo» son los que se obtienen justamente efectuando el movimiento inverso del que nuestro yo egoico sugiere. Es decir, el movimiento del desprendimiento, de la generosidad, del salir de uno mismo para buscar al otro; el movimiento interior de vivir la paradoja del evangelio: vaciarse de uno mismo para llenarse de plenitud, de bajar para subir, de morir

para resucitar. Esa es la diferencia entre cielo y tierra, en el sentido en el que Mateo aquí está poniendo en boca de Jesús. Una vez más, cielo no es separación y distancia del ser humano, es la vivencia del reinado de Dios en el ser humano.

La enseñanza de Jesús es pues la siguiente: Si el corazón del hombre, por naturaleza, se apega siempre a un tesoro, es decisivo que este tesoro esté bien colocado, que sea el correcto: es la diferencia de ser libre o esclavo de sí mismo.

Después Jesús habla del ojo sano y de la luz, del ojo enfermo y la oscuridad. Mientras que antes el apego del corazón a los verdaderos o falsos tesoros implica a toda la persona en la vida o en la muerte, aquí «el ojo», como metáfora desempeña el mismo papel respecto al cuerpo, es decir, respecto al ser de la persona. El corazón y el ojo no son buenos o malos en sí mismos; son decisivos para la persona por las elecciones que permiten y a las cuales presiden.

Lo que aquí está diciendo Jesús es que el «*ojo sano*» permite al ser humano encontrar su camino, orientarse en la vida, es decir, avanzar por los caminos de la plenitud y de la realización personal. Por lo tanto «*ojo sano*» es la metáfora (como antes al hablar de los tesoros) de la orientación de nuestro deseo: si curvado sobre nosotros mismos (ojo enfermo) o en salida hacia los demás (ojo sano); eso es lo que determina mi orientación en la vida, si camino en la luz o en las tinieblas. Jesús, de hecho, en varios pasajes del evangelio, llama ciegos a los que no se abren al evangelio. Si aun así uno no se quiere abrir, en verdad que no hay más ciego que el que no quiere ver; de ahí que diga que si «*lo que en ti debería ser luz no es más que oscuridad ¡qué negra no será tu propia oscuridad!*»